

to, unido á una resignacion admirable. ¡Ay! Al contemplar ese semblante bellissimo tan desfigurado, el alma se oprime, ¡es nuestro Redentor el que espira por nosotros, justo es que su muerte sea un dardo que penetre continuamente con la más viva fuerza nuestro corazon! Este pensamiento hiere el alma de un buen cristiano, y entonces la imaginacion se pierde en tan altos misterios.

¡Sublimes ideas del catolicismo, de que se ven privadas tantas naciones, y tantos hombres desgraciados!

Terminada nuestra visita, volvimos á recorrer el palacio, por si algo de notable se hubiera escapado á nuestro exámen, y nos separamos de él, llevando un recuerdo agradable que no se extinguirá jamás.

CAPITULO XXIX.

El Palacio Real.—Palacio del Cuerpo Legislativo.—Hotel de Ville.—Palacio de Justicia.—Palacio del Instituto.—Palacio de Bellas Artes.—Palacio de la Legion de Honor.—La Bolsa.—El Cuartel de Inválidos.—El sepulcro de Napoleon el Grande: impresiones que produce la vista de este monumento.

No es fácil hacer comprender en pocas líneas, las sensaciones de admiracion y de placer que experimenta el viajero en las excursiones que emprende para verlo y conocerlo todo; la vida se desliza en medio de goces, que quisiera uno ver prolongados indefinidamente: nunca teniamos en cuenta el cansancio y la fatiga; el límite de nuestros paseos era la luz que nos faltaba, cuando habiamos empleado en ellos todas las horas del dia.

Lo que veiamos nos servia de incentivo para seguir disfrutando de lo que no habiamos visto. En recorrer el palacio de las Tullerías habiamos empleado mucho tiempo; sin embargo, de allí nos

trasladamos al Palacio real situado en frente del nuevo Louvre, del lado que mira á la calle de Rivoli. Fué construido por el cardenal Richelieu, comenzado por Lemercier en 1636 y concluido en 1686. Antes llevaba el nombre del cardenal á quien pertenecía; pero al morir éste lo regaló á Luis XIII; y cuando murió este monarca, Ana de Austria, regente del reino, vino á habitarlo, y fué entónces cuando tomó el nombre de Palacio Real.

Su arquitectura es buena y presenta un hermoso golpe de vista. No quisimos penetrar en el interior de sus departamentos por estar entónces ocupado, pero se nos dijo hallarse muy bien amueblado y adornado con exquisito gusto.

El Palacio del Cuerpo Legislativo, ó bien sea, Palacio Borbon, fué construido en 1622 por Girardini, y convertido en propiedad nacional en 1790. Lo han ocupado sucesivamente el Consejo de los Quinientos, la Escuela Politécnica, el Cuerpo Legislativo y la Cámara de Diputados. La elegante fachada que mira á la calle de la Universidad y la plaza del Palacio, son tambien obra de Girardini. El peristilo sobre el Malecon y la plaza de la Concordia, fué construido por Poyet, y el fronton ha sido escultado por Cortot. En el interior, el salon de la Paz y la biblioteca

contienen magníficas pinturas de Madame Eugenia Delacroix en el salon de las sesiones hay hermosos y grandes cuadros, y estatuas de mármol; entre otras, fijaron nuestra atencion la de la Libertad, el Orden público, la Fuerza, la Justicia y la Elocuencia. La chimenea de mármol se encuentra bien labrada. La sala de las conferencias, grande y hermosa, es obra de Mozyne: el cielo raso de la sala *des Pas-Perdus*, ha sido pintado por M. Horacio Vernet, y en él se descubre el pincel del buen artista.

De este palacio pasamos al Hotel de Ville, magnífico edificio cuya fachada sola bastaria para dejarnos la más grata impresion. Fué comenzado en 1532 bajo el reinado de Francisco I, y terminado en 1605 bajo el de Enrique IV. Luis Felipe aumentó el antiguo edificio, compuesto entónces del cuerpo que encierra el relox y los dos pabellones, con las vastas construcciones que se extienden, por el malecon la calle de Rivoli y la de Lobau. El interior, cuya decoracion no fué concluida sino hasta el año de 1854, es de una extraña magnificencia. Hay en él mucho que admirar: el salon de la Paz posee las obras maestras de Madame Delacroix; el célebre apoteosis de Napoleon por Mr. Ingres se halla en la sala del Em-

perador; y las alegorías de Napoleon III por Mr. Schopin.

La galería de la Secretaría general y la galería de las Fiestas, merecen una atención particular. ¡Qué lujo! ¡Qué opulencia! En estos sitios es en los que se descubre la grandeza de los potentados del mundo; en ellos se admira hasta dónde llega la magnificencia de los grandes de la tierra!

No es posible hacer la descripción completa de todos los palacios que visitamos en Paris; tendríamos para esto que extendernos mucho, y no concluiríamos nunca. Nos conformamos, por tanto, para dar alguna idea, con hacer mención en general de los edificios, sin hablar minuciosamente de ellos. Vamos, pues, á continuar nuestra excursión. Nos encontramos frente al Palacio de Justicia, situado sobre el malecón de la *Cité*: fué en su origen la residencia de los reyes de Francia; pero Enrique II lo cedió al Parlamento, que sin embargo no le ocupó siempre. Del antiguo palacio no queda hoy mas que la torre del reloj; las dos torres vecinas, la santa capilla, una parte de las galerías y las cocinas. Los incendios, que por desgracia ha sufrido, han destruído todas las otras partes. La fachada data del año de 1776, lo mismo que los dos arímetes. Bajo el reinado de Luis Felipe se añadieron al cuerpo del edificio vastas

construcciones que son por cierto, bastante incómodas y vulgares. Los trabajos que estaban ejecutándose para su engrandecimiento y restauración, no habian concluído en la época en que lo visitamos. En el interior se encuentran los tribunales y las salas de la Corte, decoradas con gran lujo y comodidad.

El palacio del Instituto, situado frente al Louvre, por la parte del Sena, ocupa el mismo sitio que en otro tiempo tuvo la torre de Nesle, tan célebre por los asesinatos y odiosos crímenes cometidos en ella: como no visitamos este edificio, omitiremos describirlo, trasladándonos al Palacio de las Bellas Artes, situado en la calle Bonaparte que es á la vez un museo de antigüedades y una exposición de buenos modelos, que sirven para estudio de los pintores, arquitectos, escultores, etc. La fachada es elegante, y su interior presenta varios objetos dignos de nuestra admiración: allí se hallan recopilados varios monumentos notables arrancados á los templos y á los conventos durante la Revolución; en los diversos patios y salones véanse magníficas pinturas de inmortales artistas, notables fragmentos de esculturas y modelos de elegante arquitectura. Los académicos tienen sus reuniones en un salón de este palacio.

El palacio de la Legión de Honor, aunque no

lo visitamos en lo interior, merece ser mencionado, porque es uno de los edificios más notables de París: situado en el malecon d'Orsay desplega sobre él su elegante rotonda sobrepuesta de buenas estatuas: la entrada principal se halla en la calle de Lille, y la forma una elegante columna y que es á la vez un arco triunfal, en cuyo frontispicio se lee la inscripcion de la órden: "Honorta Patria."

Este palacio, de tan notable arquitectura y de tan grandiosa apariencia, fué construido en 1766 por el príncipe de Salm, bajo la direccion del arquitecto Rousseau; en 1782, que fué rifado, se convirtió en la propiedad del marqués Boiser-gard, cuyas suntuosas fiestas reunieron allí á toda la sociedad parisiense, hasta que descubierto el marqués como un prófugo de presidio, fué de nuevo enviado á Tolon, donde arrastró la cadena. En este palacio habitó algun tiempo Mad-Stael, teniendo despues diversos destinos.

El palacio de la Bolsa, se halla situado en la plaza de este nombre, y es un vasto paralelógramo de 69 metros de longitud por 41 de latitud: el edificio está aislado, lo cual le hace tener un aspecto más curioso y elegante, realzando el mérito de su arquitectura una hermosa escalinata que conduce hasta la entrada del edificio, soste-

nido por 66 columnas del órden corintio: la gran sala, rodeada de galerías, es muy espaciosa, y se halla bien decorada: el Tribunal del Comercio está en el piso superior en la extremidad ó fondo de las galerías: es inmensa la animacion de esta Bolsa, en la que diariamente juegan tantas y tan crecidas fortunas: nosotras nos hallábamos aturdiditas el dia que á ella concurrimos; la masa de gente era compacta en el salon; los hombres estaban desaforados, elevando en el aire sus manos en las que se veian los bonos que proponian; todos gritaban y se atropellaban, y no comprendiamos cómo en medio de aquella confusion podian entenderse y arreglar negocios de importancia; tres horas permanece la Bolsa abierta durante el dia, y en ellas reina siempre la misma animacion y movimiento.

El palacio ó el cuartel de los Inválidos lo visitamos con el más positivo interés; este hermoso edificio fué construido sobre la orilla izquierda del Sena en la extremidad Oeste de París. Luis XIV, realizando un pensamiento de Enrique IV, lo hizo edificar para los soldados ancianos é inválidos que tantas veces habian expuesto su vida en defensa de la patria.

La construccion del edificio se comenzó en 1670 por Liberal Bruant, y se concluyó en 1790: es

extenso y espacioso; su fachada tiene un aspecto imponente y elegante, y su interior presta bastantes comodidades, pudiendo contener más de 5,000 hombres.

La cúpula, que se eleva gruesa y elegante, data desde principios del siglo XVIII; la construyó Julio Hardouin Mansart, el arquitecto que edificó el palacio de Versailles. Penetrando en el patio de honor, que es espacioso, rodeado de amplios y hermosos corredores, notamos en el centro la estatua de Luis XIV sobre un hermoso pedestal, obra de Coustou. En los ángulos del patio se ven colocados varios cañones, trofeos gloriosos arrancados al enemigo por la mano de aquellos mismos soldados que los contemplaban. En seguida recorrimos los dormitorios, oficinas y refectorios. En estos últimos, así como en los corredores, se notan algunas buenas pinturas, representando todas célebres batallas ó hechos gloriosos de armas, que recuerdan á aquellos valientes el tiempo de sus glorias y de sus triunfos: estos cuadros son la obra de Martin, discípulo de Vander-Meulen.

Llamó también nuestra atención la cocina, que es muy grande y cómoda; todos sus utensilios son de fierro. En los corredores que rodean el gran patio, nos encontramos con varios soldados muy

ancianos, cubierto su pecho de condecoraciones; encanecido su cabello y mutilado su cuerpo por la metralla enemiga; en la frente de estos valientes brilla el laurel de la victoria, y al contemplarlos, nos sentimos poseídas de respeto y veneración. Vimos algunos de estos soldados tan ancianos, ó mutilados, que los conducían en carretelitas de una á otra parte del edificio, porque les era imposible andar por sí solos. Nosotros contemplábamos con interés á aquellos ancianos venerables, restos gloriosos del Gran Ejército que llevó en sus águilas la victoria á tantos países, y vió abatidas tantas ciudades, fiel compañero siempre de Napoleon el Grande en todas sus batallas y triunfos.

Internándonos en el edificio, vimos y recorrimos varios corredores y escaleras, que conducen á las habitaciones de los soldados. En seguida nos trasladamos á la capilla, que es grande y hermosa: tiene tres altares, su piso es de mármol, y sus muros se hallan llenos de banderas y trofeos de armas tomadas al enemigo y cubiertas con los laureles de la victoria y los honores del triunfo.

El interior de la cúpula es como su exterior, lleno de majestad y audacia: está ornado con magníficas pinturas, y algunos buenos cuadros también se ostentan en las naves del templo. El

hermoso cuadro colocado en el altar de la izquierda, es una obra realmente notable, que llama al instante la atención del viajero: representa el Calvario, y se hallan tan destacadas las figuras y dadas con tal arte las sombras, que visto á alguna distancia, parece una escultura, y trabajo nos costó convencernos de que es un lienzo en el que obró prodigios el pincel del artista.

Varias estatuas adornan la nave del templo, y el coro se haya admirablemente cincelado, siendo una obra de real mérito artístico.

Muy complacidas salimos de la capilla, y nos dirigimos hacia un punto, visto con gran veneración por los inválidos, y en el que se encierra su mayor tesoro; ya habrá comprendido el lector, cual es el punto de que hablamos. Es al sepulcro de Napoleon I. al que conduce un patio amplio en el cual se encuentra la estatua de este célebre Emperador, rodeado por doce de sus mas notables mariscales; en seguida atravesamos varios salones, cubiertos de pinturas, armas, y trofeos militares, penetrando al fin en el santuario que encierra la tumba: este forma una capilla de blanco mármol, en cuyo centro se haya una reja circular de fierro dorado, llena de bajos relieves, y al acercarse á ella el viajero, descubre en el fondo del pavimento un monumento grandioso

en mármol gris y negro; es el magnífico mausoleo, que encierra las cenizas del hombre notable, del gran conquistador! el monumento es grandioso y lleno de magnificencia, su mérito se oscurece sin embargo al recuerdo del héroe á quien encierra!

La forma del sepulcro es la de un túmulo imponente, sobre el cual descansa el cadáver del héroe.....lo oscuro del mármol, lo lúgubre y magestuoso del sepulcro, todo impresiona á la imaginación, llenando el corazón de imágenes sombrías. Construyó tan notable mausoleo, el célebre Visconti y la imponente sencillez de este sepulcro, colocado en el fondo del santuario, difunde en el alma sensaciones sublimes de respeto. La luz de la capilla es sombría; el sol no ilumina aquel recinto sino al través de azules cristales, que prestan una incierta claridad, y dan un tinte melancólico á los objetos; al contemplar aquel monumento, el corazón se siente inclinado á llorar.

Vemos allí, eclipsada la gloria; inmóvil bajo la fría loza del sepulcro el cadáver del dominador y árbitro de los destinos de Europa, del héroe cuyo nombre hacia estremecer todos los tronos, el que fué grande entre los grandes; colmó de gloria á su patria, y se vió inmortalizado en

la historia por su valor y sus hechos gloriosos. ¿Qué queda hoy de su grandéza? Solo aquella sencilla tumba que encierra sus cenizas! éste es el mundo! ¡ésta es la humanidad!

Los restos de Napoleon I. fueron trasladados de la isla de Santa Elena, por el príncipe de Lóiville, y colocados en los Inválidos en 1840. Repetidas veces nos detuvimos á contemplar aquel sepulcro, lleno el corazón de luto y elevando al cielo nuestras plegarias por el reposo eterno del héroe; en seguida, nos apartamos del emberjado, y dirijimos una mirada á nuestro alrededor.

Todo es lúgubre é imponente en aquel santuario; sobre el imperial sepulcro, arde continuamente la débil luz de una lámpara del oro mas brillante y seductor. A los lados de la puerta se encuentran dos estátuas colosales descansando en ricos pedestales de negro mármol, las estátuas representan la fuerza civil, y la fuerza militar, y son la obra de Duret. En el vestíbulo del santuario se ven dos tumbas de blanco mármol, cubiertas de bajos relieves, que encierran los restos de Bertrand y de Duroc.

Un soldado anciano, cubierto su pecho de condecoraciones, nos sirvió de guía para conducirnos al sepulcro, y se ocupaba en hacer ver

al viajero lo mas notable del lugar en que se encuentra; cuando nos deteniamos á contemplar la tumba, su voz se embargaba, y con el acento ahogado por el llanto, nos hablaba de su emperador, de su compañero de armas, de su gran general, como le nombraba. Nunca un Inválido contempla ese sepulcro sin que las lágrimas rueden por sus demacradas mejillas, y el piso del santuario, conserva las huellas de ese llanto que vé el viajero con veneracion.

Víivamente impresionadas salimos de los inválidos; en la esplanada que se extiende ante el edificio, se hallan colocados multitud de cañones, arrebatados al enemigo, y otros trofeos del triunfo, y de la victoria; todo nos recuerda allí las glorias de los grandes dias de la Francia.

Mas tiempo es ya de suspender por un momento nuestras descripciones; demos una tregua á las impresiones que nos proporcionan los edificios y puntos notables que hemos recorrido en la gran metrópoli capital de Francia, y dediquemos unas breves líneas al pobre manuscrito de Genaro, que por tanto tiempo tuvimos olvidado en Paris, porque la actividad de nuestra vida no nos permitia leerlo, pudiendo solo dedicarle de tarde en tarde algunos furtivos y breves instantes, que robábamos al placer y á la alegría.